

LA GROENLANDIA, EN LOS CONFINES DEL MUNDO, ES TIERRA DE SILENCIO Y DESOLACION. DE LA EXPEDICION DE BERT PARKER Y PARKET CRAMER, PENOSA Y ACCIDENTADA, SON LAS PRESENTES FOTOGRAFIAS.



El campamento del hielo



El correo, que se recoge una vez al año



Una averia en el motor de la canoa (Fots. Vidal)

MUMM.
129

PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
El Dia Gráfico

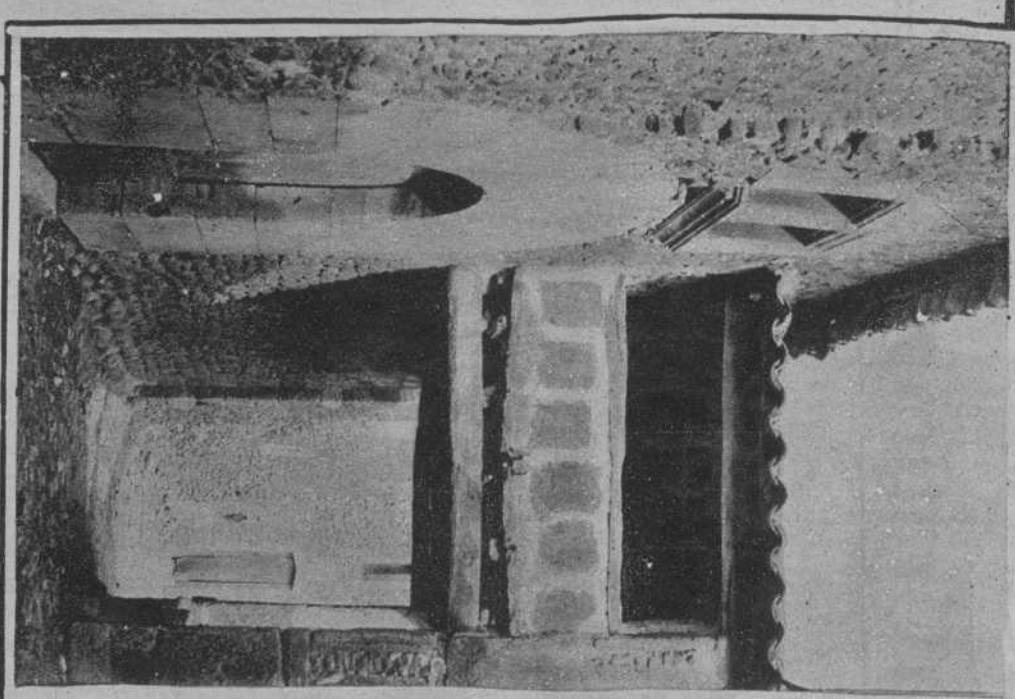
septiembre
30
1928



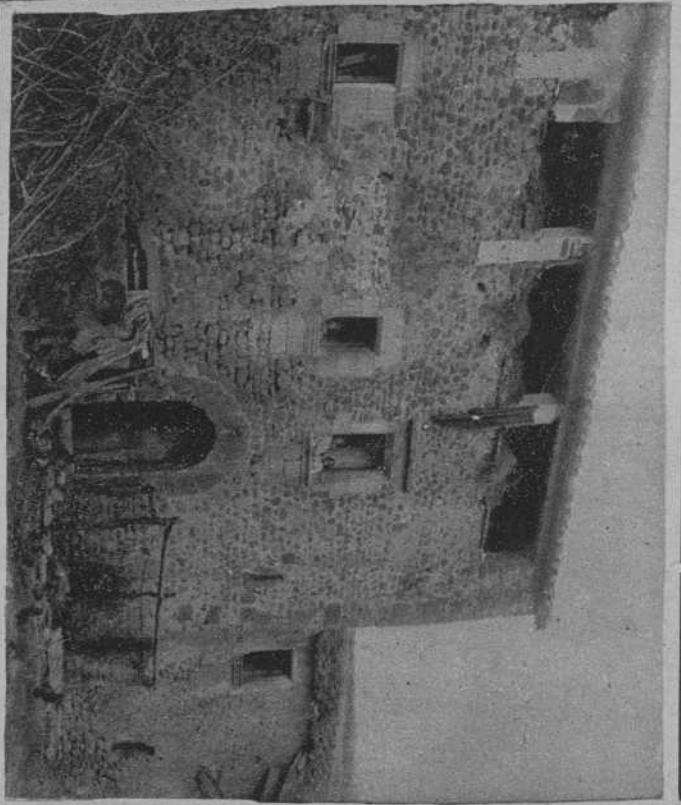
El portal del histórico Recinto de Montblanch



SANTENYS, PUEBLO LEGENDARIO: QUE ESCONDE SUS CASUDAS MISERAS Y SOLO MUESTRA SUS BELLEZAS AL PEREGRINO QUE AMA SU VEJEZ Y SU QUIETUD

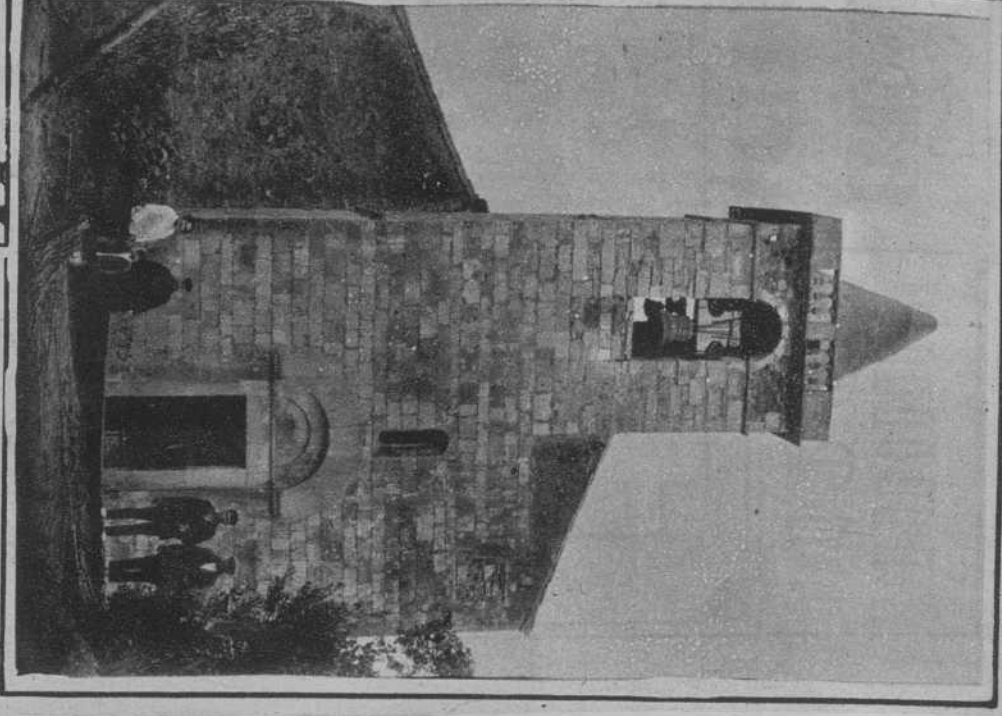


Un típico balcón.—(Fot. Vila)

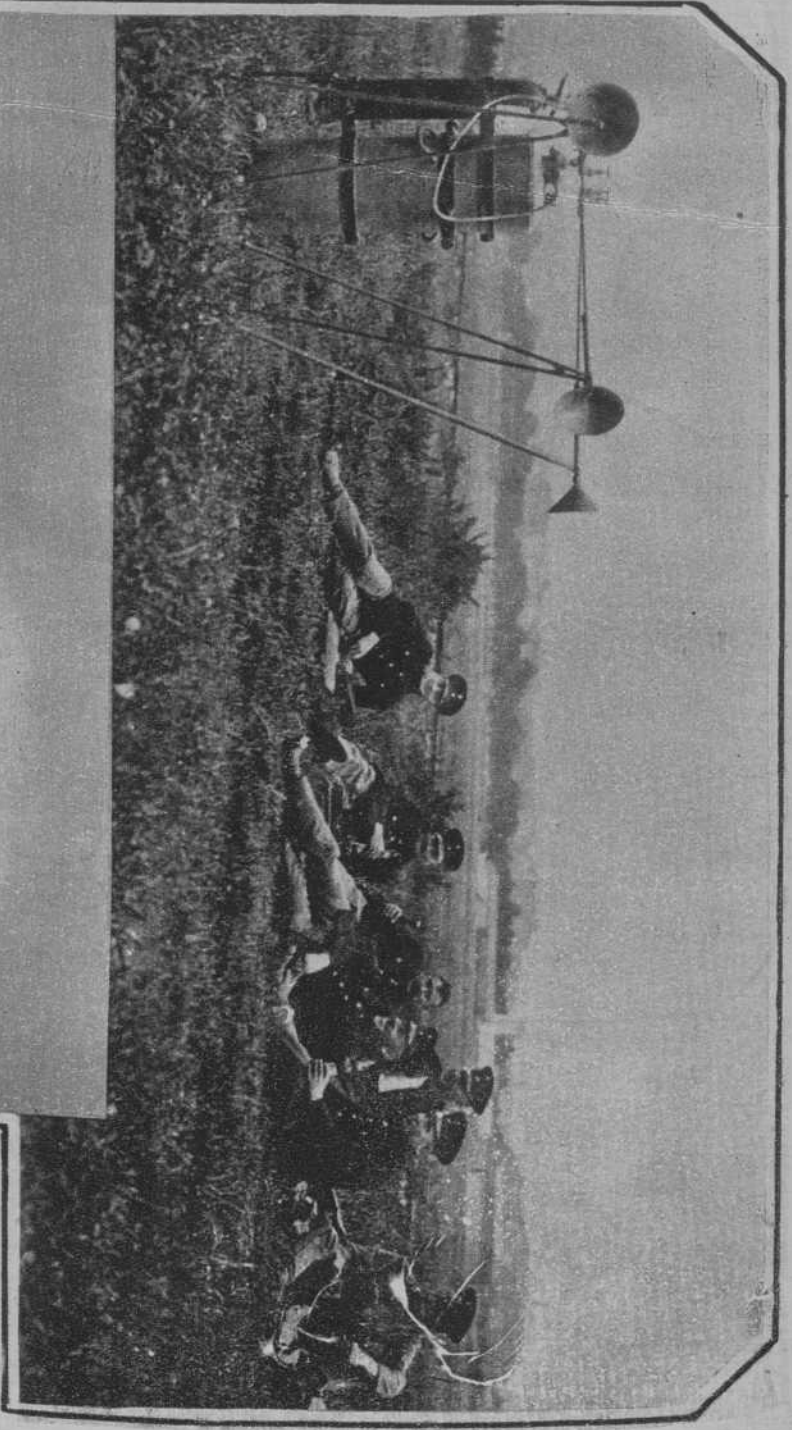


Una masia

El «Salto de Espolla»

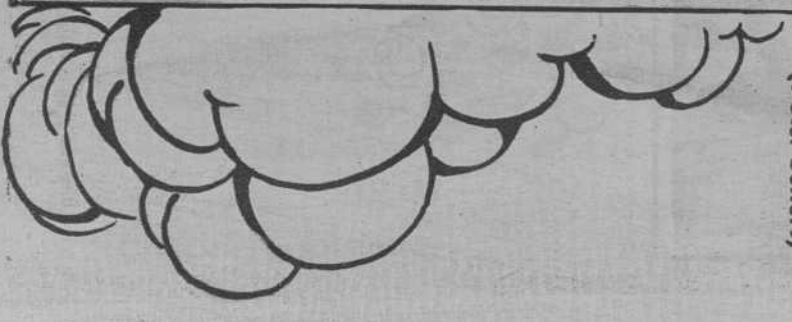
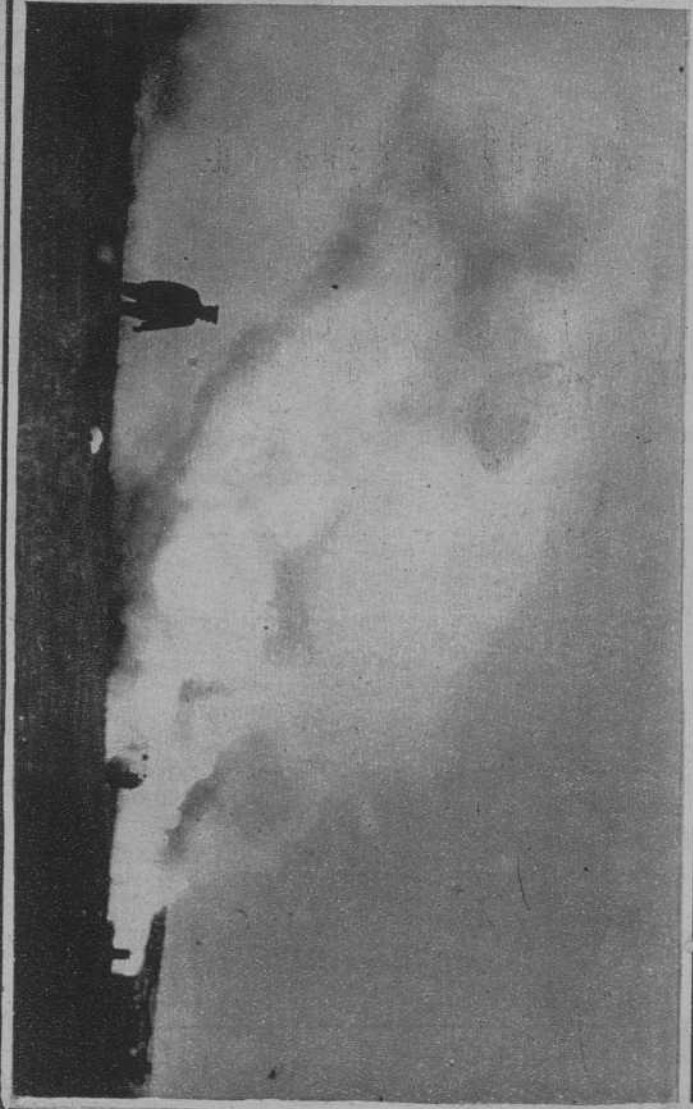
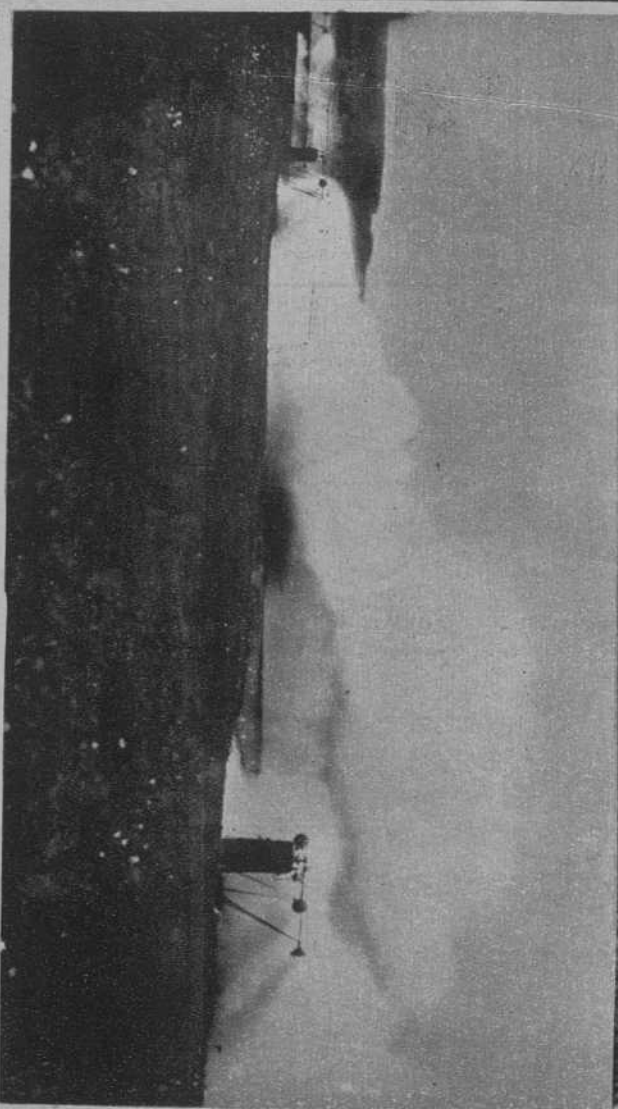


Portada de la iglesia



**MIENTRAS NO VIE-
NE EL DESARME...**

En las recientes ma-
niobras alemanas se
han hecho pruebas
de los nuevos aparata-
dos, productores de
nubes artificiales.
He aquí los aparatos
y sus efectos.
(Fot. Scherl)



EL CAIMAN HAMBRIENTO

Una escena espantosa se presentó a los ojos del hombre al entrar en su jardín por la mañana que siguió a la gran tormenta. Las rosas, las cebollas, los tomates, todo estaba revuelto. Las lechugas parecían estropajos verdes; las grosellas ya no existían; los limones se habían convertido en limonada; las bananas eran un picadillo. ¡Oh!, era un extraño espectáculo el de ese extraño jardín.

—¡Dios me bendiga!...—gritó el hombre—¡Dios me bendiga! La tormenta fué brava, pero no tan brava; el viento fué fuerte, pero no tan fuerte. No comprendo, no puedo comprender.

El hombre miró alrededor suyo y de repente exclamó enojado:

—¿Usted? ¿Usted dentro de mi jardín?

El caimán respondió humildemente con débil voz:

—No se enoje, patrón. Ha sido por un accidente que me encuentro aquí.

Entonces habló mucho rato explicando



—Me parece que me van a echar del colegio...

—¿Por qué?

—Porque he roto el frasco de goma.

—Eso no tiene importancia...

—Es que lo he roto en la cabeza del maestro.

que la creciente lo había sacado del cauce del río y que el viento lo había empujado en todas direcciones. Como si se tratara de una pluma lo había hecho dar vueltas alrededor de la montaña, arrojándolo luego al jardín.

El hombre no creyó mucho en todo eso, y dijo:

—Ahora que no hay más viento para llevarlo de vuelta, ¿quiere tener la bondad de irse por sí solo?

Pero el caimán declaró que casi no podía moverse; dijo que el viento lo había estropeado, le había torcido la cola, le había ablandado las garras.

—Yo me iré, si usted me ayuda—dijo el caimán—y le quedaré tan agradecido, tan agradecido. ¡Oh!, ¡tan agradecido!...

—Ya sé cómo agradece usted las cosas—dijo el hombre—los otros animales me lo han dicho.

—¡Dios mío!—exclamó el caimán humil-



—Mira lo que dice el diario. Que ha sido hallado en el río el cadáver de un hombre hecho pedazos.

—Por esto conviene saber nadar, mamá.

demente—. ¡Dígame lo que le han dicho!

¡Oh! Por favor, por favor. ¡Dígame!

—Que era usted el animal más cruel y que jamás hacía un favor—, respondió el hombre.

—¡Disparates!... ¡Calumnias!...—exclamó el caimán—. ¡Nadie agradece más los favores que yo!... Si usted me ayuda a ir hasta el río, yo le mostraré dónde está el pez más grande.

—Bueno, eso siquiera es algo—dijo el hombre.

—Y si usted necesita cruzar el río, yo lo llevaré—añadió el caimán.

—Es usted muy bueno—exclamó el hombre—tal vez no sea tan negro como lo pintan. Por esta vez, enténdame bien, lo voy a ayudar.

—Gracias, querido amo—exclamó el caimán, lleno de agradecimiento—, siempre seré su amigo. Lléveme hasta el río.

—¿Que lo lleve yo?—preguntó asombrado el hombre.

—Sí—respondió el caimán—yo me meteré en su red.

—¡Pero si esta red sólo sirve para limones!—exclamó el hombre.

—Téngala abierta—dijo el caimán—y yo me encargo del resto; y ya verá...

El hombre abrió la red, pero pensó que el caimán no podría meter en ella ni siquiera su cola.

—Mire cómo doblo mis brazos—dijo el caimán—Pongo las patas y la cola por debajo. Ahora me doblo para arriba, y ya estoy dentro. ¡Todo adentro!

—Como que vivo, lo está—gritó el hombre.

—Ahora ató, por favor, su red, querido



—¡Otra vez pidiendo en la calle!... ¡No te dije que fueras a un colegio?

—Sí, señor, fui; pero no me dieron nada.

amo, no sea que me caiga fuera—dijo el caimán.

El hombre ató la red y levantó al caimán sobre sus hombros.

—Es usted muy pesado, amigo—dijo—apenas si puedo caminar con usted.

—Ya lo sé—dijo el caimán—. Será un trabajo duro, pero no perderá nada con su bondad. Algún día sabrá cómo le agradecerá su amigo.

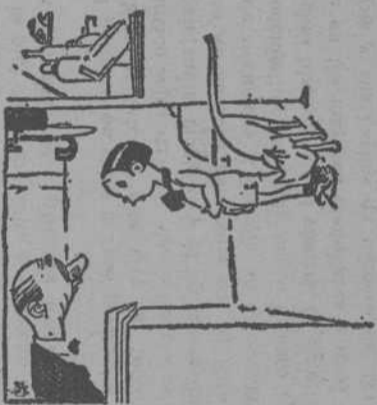
El hombre siguió su camino llevando al caimán sobre sus hombros y un palo grueso en la mano.

Al salir el sol por la mañana del segundo día, el hombre llegó al río; bien encorvado y cansado se encontraba y podía apenas respirar. Cuidadosamente bajó la red, la colocó en la orilla, y, desatándola, dijo:

—Nuestro viaje ha concluido, hermano. Entonces el caimán salió de la red quejándose de que tenía mucha hambre y estaba demasiado débil para ir hasta el río.

El hombre lo ayudó a bajar y se dispuso a partir.

—Todavía no—dijo el caimán tomándolo



—Diez céntimos de caramelos para la tos.

—¿Son para tí?

—Los caramelos, sí; pero la tos la tiene mi hermanito.

por una pierna, y tuvo lugar el siguiente diálogo:

El hombre—No puedo perder más tiempo con usted. Suelte mi pierna.

El caimán—¿Por qué?

El hombre—¿Cómo por qué?...

El caimán—¿Por qué y cuándo?...

El hombre—Me está lastimando...

El caimán—Pronto pasará...

Entonces el hombre se puso a temblar y con voz débil preguntó:

—¿Por qué me mira de ese modo?...

El caimán—Porque lo voy a comer...

El hombre—¿Comerme a mí?...

El caimán—Comerme a usted...

El hombre—¿A mí?...

El caimán—¡Sí, a usted!...

—Había prometido ser mi amigo—dijo el hombre.

—Era para engañarlo—respondió el caimán.

—Pero yo lo ayudé a usted cuando lo necesitaba—dijo el hombre.

—No importa—respondió el caimán—estoy decidido a comerlo, hombre...

(Concluirá)

El misterio de Elena

Walerinowna por Angel Marsá

Ilustraciones de BOSCH



8 0 3 - 14 - 25

zó a tratarme con piadoso afecto, como si fuese un chiquillo.

Esto hizo que me apasionase aún más. Iba siempre detrás de ella, y con acento humilde y rendido le declaraba a todas horas mi ardiente amor. Por toda contestación, Elena, enigmática, reía.

Aquella tarde la encontré en el jardín de su villa, hermoso palacete rodeado de jardines que había alquilado en uno de los más pintorescos lugares de la ciudad de verano.

Estaba tendida en una hamaca, a la sombra de unos álamos frondosos. Su cuerpo tenía un indolencia atrayente y enfermiza. Hojaba un libro con aire distraído. Me acerqué de puntillas y estuve contemplándola largo rato.

Moría la tarde con una gran profusión de oros en el horizonte. Alguna nube, todavía encendida de luz crepuscular, corría lentamente por el limpio azul del cielo,

Por fin, tras una larga contemplación estremecida, decidí advertir a Elena de mi presencia.

—¿Qué está usted leyendo?—pregunté.

—No leo—sonrió ella—. Estoy pensando...

—¿Y en qué piensa usted, Elena?

Tuvo una contestación audaz:

—En que usted me mira como un enamorado...

—¿Eso pensaba?—murmuré algo cohibido.

—Eso y...

No terminó la frase. Con un gesto de cansancio infinito dejó caer el libro de las manos y se quedó mirándome fijamente.

Luego, con la misma indolencia, cruzó las manos bajo la nuca y una sonrisa—quería ser maligna, pero ahora comprendo que resultaba ingenua—se dibujó en sus labios.

Fui acercándome con tímida lentitud. Cuando la tuve a mi alcance, extendí los brazos para enlazarla por el talle,

Pero ella me miró con tal dureza, que quedé paralizado.
 —No haga tonterías—dijo con una voz áspera, que no la conocía.
 —Me limitó a balbucear:
 —¡Perdon!

Aún tuve fuerzas. Solloqué:
 —¿Por qué se burla de mí tan cruelmente?
 Elena ahogó su risa. Y mirándome sin pestañear—aqueellos ojos me aniquilaban—
 —fue diciendo con estudiada ternura:
 —¡Pobre amigo mío...! ¿Es verdad que

A los veinticinco años el hombre sabe menos que uno niño frente a una mujer como Elena. Por eso yo caí en la trampa de aquellas palabras misteriosas y aterradoras.
 Ahora, que ya las cosas han puesto sobre mí frente el mechón centenario de la



3 0 3 4 - 24

rada distraída hacia lo alto. Yo, encendido de vergüenza, mirando de reojo a la enigmática mujer.
 No tardé mucho en acabar con aquella situación embarazosa:
 —¡La quiero a usted tanto, Elena!—dijo, adoptando un gesto apasionado.
 Ella rió con una carcajada fuerte, musical.
 —¿De verdad?

me quiere usted como dice?... ¿Y si yo le aconsejara que huyese de mí lado?...
 —¡Beso nunci!—afirmé con vehemencia.
 Ella fué implacable:
 —Sin embargo, yo no soy una mujer a la que se puede amar como todos...
 Y rememorando las palabras, añadió:
 —¡Huya usted de mí, ahora que todavía está a tiempo.

última coquetaría, toda esa escenografía porverosa me haría sonreír con un poco de amargura.
 —¡Huya usted de mí, Gustavo!—repitió como un eco.
 Yo, naturalmente, no hui. Al contrario, quise saber, cosa muy lógica a los veinticinco años.

PAGINAS INFANTILES

HISTORIA NATURAL

LA BALLENA

Esta especie de cetáceos nistacocetos, llamados ballenas, son los más populares a pesar de que son los menos conocidos por el vulgo, y no porque escaseen tanto como generalmente se cree, sino porque siendo veloces nadadores y pudiendo permanecer largo rato debajo del agua, huyen o se sumergen a la proximidad de los barcos, siendo preciso ir a buscarlos para verlos.

Las ballenas son de gran tamaño, llegando entre ellas los animales más grandes que hoy existen en el planeta.
 Las especies que no son muéctas, se las ha distribuido en dos grupos: las ballenas verdaderas que no tienen aleta en el dorso y cuya garganta es lisa y las chalmenopteras, que poseen una aleta dorsal y presentan la piel de la garganta y el pecho marcada con profundos pliegues longitudinales.

Al primero de estos grupos pertenece la ballena atlántica, que vive en todo el Atlántico septentrional, desde las costas de Groenlandia, Noruega y el Spitzberg, hasta las de nuestra Península por el Este y las de Bermudas y Florida en el hemisferio occidental. De color negro intenso con manchas blancas por el vientre, su longitud llega en los mayores ejemplares a unos 17 metros y sus barbas en número de 230 a 255 laminas a cada lado, tienen 2'25 metros largo máximo.

Como carácter de la especie, aunque de naturaleza extrínseca al animal, puede citarse la presencia en todos los individuos adultos, verdaderas colonias de pequeños crustáceos parásitos que viven sobre su cabeza, llegando a formar en ella un enorme bulto alargado que da a este gigantesco cetáceo una fisonomía peculiar, al que los balleneros suelen llamar 'el gorro de la ballena'. Es una particularidad que jamás se encuentra en la ballena arctica, que sólo existe en el Océano Artico.

Lo más curioso de estos enormes mamíferos es que su alimento consiste exclusivamente de pequeños crustáceos pelágicos, que las ballenas devoran, naturalmente, en cantidades inmensas.

Es absolutamente falso, lo que se dice de la existencia de ballenas de 50 o 60 metros de largo.
 La ballena azul, el más grande de estos monstruos marinos dice el naturalista Asarr, en sus descripciones, no alcanza más allá de 31 metros, y Gubéites, notable por lo largo de sus aletas, no pasa de 18 metros. Estos cetáceos de aleta dorsal son al parecer animales emigrantes, que bajan a los mares templados en ciertas épocas, ya para criar ya en busca de alimento.

La ballena común o trolenala, sale a la superficie cada diez o quince minutos para respirar, pero si la amenaza algún peligro puede permanecer sumergida hasta unos cuarenta minutos.
 Las estaciones pesqueras de estos monstruos del océano, existen en todos los mares y en todas las latitudes. Los españoles del litoral cantábrico fueron los primeros en dedicarse a esta industria y los maestros de todos los balleneros del mundo, conservándose todavía documentos en muchas poblaciones marítimas de Galicia, Asturias y Santander, que prueban la antigüedad y la importancia que allí tuvo la pesca de la ballena.

En la actualidad los que más se dedican a ella, son los noruegues, sobre todo desde que Stenud Feon inventó los modernos procedimientos de pesca, que han venido a sustituir el arpon lanzado a brazo desde una frágil embarcación, como se cuenta en las novelas de aventuras.
 Contra lo que mucha gente supone, las barbas son el producto de la ballena que menos valor tiene; lo que en realidad constituye la base del negocio, es la grasa y luego la carne y los huesos, que sirven para fabricar abono.

B. S. N.

UN FENOMENO



—¡Carambal! ¡qué pias tan pequeños tiene este señor!

—¡ahora lo comprendo todo!



—¡Oómo es que tu deber sobre el perro es igual al que ha escrito tu compañero!...
 —Es que habremos tratado del mismo perro...!

ra en una rama y por más esfuerzos que hacía para libertarse no lo conseguía.
 —¡Por favor, Jorge!—gritaba desesperada la niña.—¡Ayúdame, que viene la vaca! Pero por más que gritó la niña pidiendo socorro, su hermano sólo atinó a ponerse él en salvo.

Cuando la vaca estuvo ya cerca de Elisita, ésta consiguió con un gran esfuerzo libertarse, y como el miedo crió alas, recorrió marcando un verdadero records de velocidad el espacio que la separaba del alambreado. Una vez pasado éste, se consideró en salvo y, reanimado, lo estuvo, pues el animal detuvo su marcha, miró durante unos minutos a los niños y, levantando la cola bien alta, dió media vuelta y corrió en dirección opuesta.

—¡Nos hemos salvado!—exclamó Jorge.
 —Sí, y he aprendido, además, que no debo contar con tu valor—respondió dignamente Elisita.—Cuanquiera que te hubiera oído hace unos minutos, hubiera creído que sérias capaz de hacer frente a un gran perro, y cuando éste se presenta tus piernas fueron cortas para disparar. Ya sé lo que vales y no puedo contar contigo para nada.
 El valor se prueba con actos y no con palabras.

Una revolución en Hollywood

Mi entrevista con Dolores del Río, una "estrella" que cobra 250.000 dólares anuales

Una recepción en el magnífico salón del hotel vniés Bristol. Magníficas palmeras y flores, columnas de mármol. Estamos allí unas veinte personas: periodistas, directores de revistas teatrales, actores y actrices del cine, y el embajador mejicano.

Recibe una de las «majestades» de la pantalla, Dolores del Río, que en su viaje a través de Europa acaba de honrar con su visita la capital austriaca.

Es una de las estrellas de Hollywood más en boga. Sus honorarios superan los de Pola Negri. Acaba de firmar un contrato con la Sociedad «United Artists» para cinco años, a razón de 250.000 dólares al año, o sea cerca de un 800 dólares diarios, aun cuando está de vacaciones o viajando a través del mundo. Además, posee una fortuna propia, no del todo despreciable: su padre, director de un gran Banco en Méjico, es un hombre muy rico; su marido, del cual se había separado poco después de las bodas, era también un ricachón, de modo que Dolores del Río tiene una renta vitalicia muy considerable, sin contar una magnífica casa de campo, o más bien un castillo, en los alrededores de París, y otro en Hollywood. Los veinte mil dólares mensuales que cobra de la Empresa «United Artists», le sirven tan sólo para los perfumes, por los que tiene preferencia suma, y demás «pequeños» gastos.

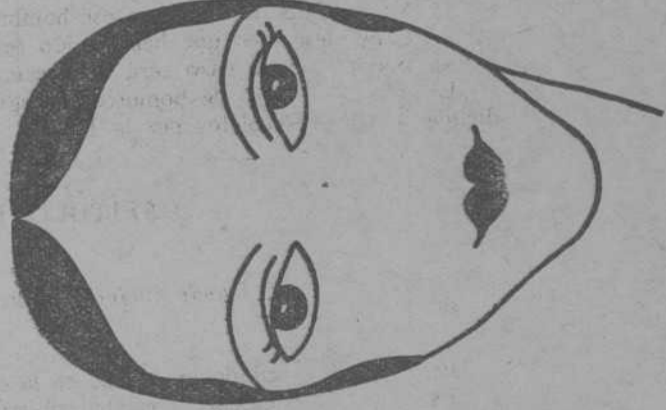
Es una morena de rostro en extremo fino y ojos negros. Una belleza nacida bajo el ardiente sol mejicano. Esta estrella fué «descubierta» por el conocido «régisseur» cinematográfico Edmundo Carewe, que hizo su conocimiento en Méjico. Desde que la vió se dijo que la hermosa mujer había nacido para la pantalla. Pero ella declinó resueltamente todas las proposiciones ventajosas del señor Carewe. Soñaba con estudiar en París música y con esta fe emprendió, en compañía de su madre, un viaje hacia Europa. Lo único que pudo obtener de ella el «régisseur» era la promesa de pasar por Hollywood y permanecer allí algunos días, nada más que para echar una mirada sobre el famoso centro mundial del cine.

—Dentro de unos cinco días, podrá usted continuar su viaje!—le dijo.

Ahora bien; los cinco días se transformaron en cinco años. Cediendo a las instancias de su hábil tenedor, consintió encargarse de un papel en un cine-drama, luego en otro, y en otro más. Poco a poco su afición por la pantalla creció, haciéndola olvidar la música, París, al mundo entero.

Desde entonces participó en catorce grandes cine-dramas, sin hablar de los infinidades que todo está orgulloso de su papel de Katusha en «Resurrección», de Tolstói, y de «Carmen». Prefiere papeles de mujeres pobres, salidas de las bajas capas del pueblo, con mucho gusto representa a las gitanas, como por ejemplo, en el nuevo drama «Revenge» («El desquite»), escrito

especialmente para ella por el gitano Konrad Beskovič, uno de los autores dramáticos preclíctos en Hollywood. Antes de entender su viaje, Dolores del Río ha figurado en el cine-drama «Ramona», desconocido todavía en Europa.



DOLORES DEL RÍO

La conversación en el salón del hotel Bristol está animadísima. Dolores del Río, en buen francés, da sus impresiones y proyectos. Tiene la intención de visitar Budapest, Milán, Venecia, Roma, Madrid, Barcelona y algunos otros centros europeos. Lo que más le interesa son los barrios bajos, la vida de la gente sencilla con su dramatismo cotidiano. Pero—¡ay!—para estudiarla, es preciso vivir en este ambiente, gozar de la confianza de los que sufren y penan, y para eso, poco se prestan las alhajas y magníficas pieles de la estrella de Hollywood.

—Pero en los barrios bajos de Londres, París, Nueva York, etc., los dramas no suelen terminar con el «happyend» (desenlace feliz), que, según parece, es obligatorio en América—objeta uno de los presentes.

—En eso—contesta Dolores—yo me adapto a los gustos del público americano, sino que prefiero seguir fielmente la vida real. Los dramas, en los cuales yo figuró, no tienen un desenlace feliz. La educación del público es una de las tareas más nobles de los artistas.

Pronto la conversación toca un tema de gran actualidad en el dominio de la pantalla: el cine parlante. Dolores del Río se muestra contraria a la innovación.

—Eso desnaturaliza al verdadero arte cinematográfico—dice—. El «talkies», como se llama en Hollywood el cine parlante, es

—No me haga sufrir más!—supliqué con humildad—¡Acláreme sus palabras! ¿Por qué debo huir de su lado?

Ella parecía no oírme. Los ojos fijos en un punto invisible, el cuerpo delgado y laxo, fundiéndose en la semipenumbra de aquel atardecer mágico, parecía una sombra lejana, inaccesible.

Como hablando consigo misma, la voz opaca, susurró:

—¿Qué sabe usted de mí, Gustavo? ¿Qué sabe nadie? Mi vida está rodeada de misterio. Sólo sabe usted, tal vez, que soy hermosa... ¿Y esto es bastante? ¡No, amigo mío!

Calló. Un silencio de muerte parecía envolverlo todo. Como temeroso de aquel instante, un pejarillo que piaba a lo lejos enmudeció también.

—¿Cómo se atreve, pues, Gustavo—prosiguió Elena—, a decirme que me ama con tal locura? Es esta, siempre, una frase pegajosa, si no es la más vil de las mentiras...

Y levantando el tono de voz, añadió:

—Resulta expuesto decir que se ama con locura a una mujer, sin conocerla...

—¡Es verdad!—babeó—. No la conozco, Elena. No sé nada de usted. Su vida es para mí un secreto impenetrable. ¡Y a pesar de todo, la amo a usted tanto!

Al oír estas palabras, Elena me miró, sonriendo:

—Merceda que le dijese: «¡Siga usted su camino, pobre muchacho! Y aprenda a conocer mejor a las mujeres...» ¿Qué contestaría, entonces, si yo le diese este consejo?

—¡Me mataría!—dijo, resueltamente.

—¡Qué disparate!—rió Elena—. ¡Ve usted como es un joven inexperto ante las exigencias y las complicaciones del amor? Tuve un gesto de encendida rebeldía frente a la frialdad brutal de aquella mujer de hielo:

—Sin embargo, puede usted creerlo. ¡Me mataría! Pero antes...

—Antes, ¿qué?—pidió ella, anhelante.

—Antes... ¡la mataría a usted!

Un violento escalofrío recorrió todo el cuerpo de Elena. Fatigosamente, pudo exclamar:

—Tal vez incurra en una candidez impropia de mí si lo creo. Pero le creo a usted, Gustavo. ¡Qué poco razonable! No hay necesidad de morir, ni de matar.

—¡A veces, sí!

—En efecto. A veces, sí. Pero en este caso, no. Si hubiese sido usted razonable, me hubiera dicho: «Me gusta usted, Elena». Nunca: «La amo a usted con locura». Porque, le repito, no me conoce. Y si alguna vez llega a conocerme, se arrepentirá de haber asegurado que me amaba con esta pasión... ¡En mi vida hay un misterio tan horrible!

Guardó silencio. La noche había cerrado y el jardín estaba envuelto en sombras. Yo comprendí que sólo debía acercarme a rostro al de ella para besarla en los labios. Pero me contuve. Y en un gesto de impotencia y de duda, me llevé las manos a los ojos y lloré en silencio.

—¡Esa verdad! No la conozco a usted... Temo no conocerla nunca... —¿Por qué dijo, pues, «la amo a usted con locura»?

—Lo dije porque es verdad. Una terrible, una dolorosa verdad. Y, a pesar de esta verdad, no la conozco, Elena, no la conozco...

—¿Ve usted? Ahora se va haciendo más razonable... Yo, en cambio, sí le conozco, Gustavo. Me es muy simpático, sincero, y le digo lo que le hubiese dicho antes, de no haber sido usted tan chiquilino: «Acepto sus proposiciones. Hagamos una prueba...»

Enjuagué repentinamente las lágrimas. Me erguí:

—Esta tranquilidad, este aplomo con que usted ha dicho «Hagamos una prueba», me aterra... ¿Ha hecho usted muchas pruebas de esa clase, antes?

—Una sola!—dijo Elena, con melancolía—. La de mi matrimonio...

—¿Y ahora—inquirió—es usted libre? No soy viuda ni divorciada. Pero mi marido, juzgándose con excesiva severidad, huyó de mí lado para no volver más...

Aquella confesión me produjo una honda sorpresa. No tuve fuerzas para replicar, ni siquiera para seguir preguntando. Mi sospechas, a cuál más abominable, a cuál más trágica, se agolparon en mi cerebro. ¿Qué clase de mujer era aquella? ¿Ángel o diablo? ¿Monstruo o heroína?

Pero Elena, dándose cuenta de lo que pasaba por mi corazón, añadió:

—Así, pues, soy libre, ¿verdad? No quise contestar a su pregunta. A mi vez, pregunte:

—¿Y por qué la abandonó su marido... si es que quiere decirme algo?

—Porque, como una loca, le dije la verdad... La respiración se hizo jadeante, como la de quien necesita revelar algún secreto y no se atreve. Por fin, haciendo un supremo esfuerzo, prosiguió:

—El no habría sabido nunca la verdad... Yo hubiera podido callarla eternamente... Como ahora... ¿Qué necesidad tengo de contar nada? Pero siento precisión de hablar. Necesito confesarme a alguien capaz de comprender y perdonar mi locura...

Las palabras fueron ahogadas por un llanto sollozo entrecortado. Yo me abracé estrechamente a ella y empecé a besarla con vehemencia:

—¡Ah, cómo te amo, Elena! ¡Cómo voy conociéndote ya! ¡Y qué felices vamos a ser los dos, juntos siempre, siempre, siempre!

Entonces ella, como una niña, entre estertores y jadeos, bebiéndose las lágrimas, se confesó. Yo iba recogiendo con avidez las palabras confidenciales, como si fuesen gotas de miel que se desprendían de los labios de la amada.

—Quería a mi marido—empezó diciendo—por encima de todo. El también me amaba. Me adoraba, más bien. Llevábamos años de casados. Dos años de gozar juntos la más encantadora felicidad.

Sin embargo, nunca puede ser completa

la dicha, y cuando menos se piensa viene alguna causa fortuita a deshacerla. Eso nos ocurrió a nosotros con la estúpida debilidad que tuve de admitir a una antigua amiga mía en casa. Era una compañera de colegio, que se vió repentinamente en la miseria a la muerte de sus padres.

Compadecida de su angustiosa situación, la recogí. ¡Nunca lo hubiera hecho! Era delgada, rubia, tal vez un poco vulgar. Pero tenía un encanto supremo en sus ojos de fuego. Temperamento apasionado, vivía en constante exaltación. Era muy aficionada al canto, y poseía una bonita voz de contralto.

Mi marido, en las largas veladas familiares, la acompañaba al piano románticas canciones, que ella decía con arrebatadora melancolía.

Así pasamos algunos meses. De pronto, advertí en mi marido algo extraño. Lentamente, implacablemente, fuí adquiriendo la certeza de que él amaba a mi amiga. Ella no era su amante. Es más: mi marido seguía queriéndome. Me amaba y me lo demostraba a cada momento. Pero, a pesar de todo, yo no podía dejar de advertir cuando él se olvidaba de mí para pensar sólo en ella...

¿Qué debía hacer en tal situación? En primer lugar saber a cuál de las dos prefería, a cuál de las dos amaba más. Y decidí descubrirlo fuese cómo fuese.

Pronto ideé una de esas mentiras sencillas y llenas de mala intención que los celosos acostumbran a decir para hallar confirmadas sus sospechas.

—Vengo a comunicarte una horrible desgracia—dije, sumida en llanto, entrecortado en el despaño de mi marido.

—¿Qué ocurre?—preguntó él, intranquilo.—Serénate; estás muy nerviosa... Seguí llorando largo rato. Luego empecé a gemir:

—¡Ay, pobrecilla mía! ¡Qué desgracia! Mi marido procuró calmarme. Con palabras entrecortadas, retoriéndome las manos, dando un tono patético a mi voz, dije:

—Ella... Un accidente de automóvil... —¿Está herida?—inquirió él, sin que sus palabras reflejaran gran sobresalto.

En efecto. Tal vez notara un poco de inquietud en sus palabras, pero... ¡tan poco!... que muy bien podía ser esa natural compasión que se experimenta ante toda desgracia cercana.

—¡Muerta!—me atreví a murmurar. Y mis ojos se clavaron en los de mi marido, para descubrir un dolor que—lo reconozco—no se reflejó en ellos.

—¿Muerta?—limitóse a repetir—. ¡Con lo alegre que estaba ayer! ¡Tenía grandes proyectos con mi concierto... Pero, ¿qué te ocurre, Elena? ¿Lloras?

Yo acababa de dejarme caer en una silla, llorando desconsoladamente. Ahora, negativas de mí vergonzosa farsa, todos los fantasmás de mis celos insensatos se desvanecieron. Empecé a sentir una especie de alivio, mezclado con el más atroz remordimiento. No tuve fuerzas para seguir fingiendo. Y arrepentida de aquella burda estrategia, cuya ridiculez y cuya cruel-

—Debe ser ya muy tarde—dijo—. Va- mos dentro.

Yo permaneci silencioso, sobrecoigido por la extraña historia que acababa de oír. ¿Era posible aquello? ¿Podía existir tanta maldad en el corazón de una mujer? Mal- mos, brutales, brutales. Sentí miedo. Un mis- do brusco, repentino, irresistible. Aquella mujer...

Ella me sacó de mis cavilaciones: —¿En qué piensas, Gustavo? —En lo que acaba de contarme... —Usted, en lugar de mi marido, ¿hu- biera hecho lo que él? ¿Me hubiera aban- donado?

No me atreví a contestar. Volví a sen- tir miedo de aquella mujer extraña, vio- lenta y mala. Experimenté impulsos de huir, de echar a correr y saltar la verja del jardín y desaparecer para siempre... Me contuve. A pesar de todo, algo mis- terioso e inexplicable parecía retenerme allí, junto a Elena. Entramos en la casa. Me llevó a su estudio; coquetamente puesto, con un fuerte perfume turbador a esencias costosas. Nos sentamos en una oto- mana colmada de almohadas de seda poli- cromas.

Entonces ella se transformó. Con los ojos encendidos y los labios estremecidos, se abalanzó sobre mí y empezó a besarme con precipitada vehemencia. —Te amo, ¿oyes? ¡Te amo con toda mi alma! —¡Iba repitiendo entre besos y sus- piros.

Sorprendido, apenas si tuve fuerzas para atenuar aquellos arrebatos. —Siempre nos querremos igual, ¿verdad Gustavo?—segura suspirando Elena. Y sin darme tiempo para contestar, añadió: —¡No te muevas ya de mi lado, nene! Sin ti, no podría vivir...

—¿He de confesaros que el miedo venció en mí a todo otro sentimiento? Hací del lado de Elena cuando más apasionada y más ren- dida se me mostraba. Tuve miedo de aque- lla mujer capaz de matar por celos, capaz de todas las crueldades para satisfacer su amor propio...

Ahora, ya algo viejo y algo conocedor del alma femenina, no habría huido. ¡Bah! ¡Era tan bella Elena, a pesar de todo! Y si supierais... Me he enterado hace unos días, por casualidad. Su historia es- calofriante de celos y muerte no existió más que en su imaginación. Era una diver- tida mentira que ella había inventado pa- ra animar sus «firtos» profesionales. ¡Cuan- do pienso que quetendome como me que- ría, hui de sus brazos por la extraña su- gestión de aquella aventura imaginaria! Es un recuerdo de juventud que me hace abominar de la juventud.

COMO SABER SI VA A HACER BUEN TIEMPO

—000—

Cuando preparáis una excursión al cam- po tembláis de miedo de que el mal tiem- po, siempre inoportuno, arruine vuestro pa- seo. Si preguntáis a un campesino su opi- nión sobre este particular, él os responde- rá sin vacilar y con tanta seguridad como un buen barómetro. Su ciencia es el resul- tado de innumerables observaciones hechas por sus ascendentes transmitidas de gene- ración en generación bajo la forma de cu- riosos dichos. Para retener a estos últimos es necesario, primeramente, conocer las dis- tintas clases de nubes. Los cirros, tan lige- ros, que parecen unos copos de algodón mo- viéndose en el cielo, están formados por pe- queños cristales de hielo suspendidos entre 6000 y 8000 metros de altura. Si se les ve muy numerosos por la mañana durante el verano, se puede decir que pronto lloverá, pues ellos bajan muy rápidamente para transformarse en cúmulos voluminosos y pesados.

Los estratos tienen una forma alargada, se mantienen a unos 3000 metros y cuando se les ve del lado del Oeste al ponerse el sol es señal de buen tiempo.

Los cúmulos son un conjunto de nubes propias del verano que tienen la aparten- cía de montañas nevadas; cuando están ba- jas anuncian, por lo general, lluvia. Cuando están muy bajas se les llama nimbus y siempre son portadoras de agua.

Los campesinos enseñan, también, a ob- servar el sol, la luna y las estrellas para anunciar el estado del tiempo. Así, por ejemplo, cuando advierten que estos astros brillan atídicamente, anuncian buen tiempo, pero si ven a la luna con un círculo o bien observan que las estrellas titilan más que de costumbre, anuncian, con seguridad, llu- vias.

Cuando el tiempo se pone malo, el humo sube muy poco a la salida de las chimeneas y tiende luego a descender para extender- se. La sal de la cocina se resplandee cuan- do hay mucha humedad en la atmósfera.

Hay animales que son verdaderos baró- metros y sólo hay que saber observarlos. La golondrina, por ejemplo, vuela muy ba- ja cuando está por llover, y el pavo real grita insistentemente. Cuando se acerca una tormenta, las moscas se vuelven inoportu- nables, los patos se agitan y gritan, los peces saltan fuera del agua para comer insectos, los sapos se ponen en movimiento con sus pequetuelos, lo mismo que los caracoles.

Por fin, las hormigas demuestran precipi- tación en sus provisiones y se apresuran en poner a sus huecos una actividad febril.

HOMBRES DEL FIN DE SIGLO JOSE LLOVERA Y BUFILL

¿Qué cosa tan efímera es la gloria huma- na! Sólo hombres cándidos, quedan en la memoria de las generaciones, y sólo el tiempo, juez inexorable, da patente de pri- mera figura, mientras que de las replicacio- nes medianas hechas por la moda sólo res- ta un recuerdo vago en la mente de los que pudieron ser algo, en los días venturo- sos de su triunfo. De aquel Llovera, niño mimado de la galería Manuel, en la calle de Escudillers, cuyas obras atralan, nume- rosos admiradores de sus frescas acuare- las y sus composiciones trazadas de ma- nos y chisporos, de atrevidos y esbel- tas damiselas de sonadoras pupilas y aire distinguido, ya nadie se acuerda, y sin em- bargo, tuvo un momento de gran popu- laridad, colizándose su firma, a buenos pre- cios, tanto en el mercado artístico nacio- nal como en el extranjero.

Hijo de Reus, nació en enero de 1846. Demostró ya desde un principio, gran in- clinación por la pintura, pero como su pa- dre era farmacéutico, para acatar su vo- luntad, cursó la carrera de farmacia. Mien- tras estudiaba, durante sus estancias en Ta- rragona, Barcelona y Madrid a que le obli- garon sus estudios, dedicóse a dibujar, al- canzando ya sus primeros triunfos, como caricaturista en Barcelona, con el seudó- nimo de «Periquita», en los periódicos sa- tiricos, el «Album Humorístico», «Lasas» y «Los tros de paper».

En Madrid, la contemplación de las obras de Goya, el espectáculo de los barrios po- pulares y además los consejos ahinados de su compatriota Mariano Fortuny, decidieron su vocación, publicando numerosos dibujos en el semanario «El Pícaro», logrando cierto éxito como acuarelista, siendo de esta época, las obrillas: «Cacería de pollos en Jan- ja», «Las sotas» y «El Prado en el día del Juleto Final».

Después de una estancia en su ciudad na- tal y de algunos viajes a París, estableció- se en Barcelona (1887), no tardando en al- canzar el favor del público, hasta el pun- to, que no daba paz a la mano para sus pedidos, en detrimento de la solidez de su labor artística y no obstante no puede ne- gársele una personalidad característica, do- tada de una cierta elegancia y de un agru- dable tecnicismo, y en sus obras más por- deradas, una cierta maestría en la agrupa- ción de las figuras, buen gusto en las acti- tudes, buen dibujo, aunque todas estas cua- lidades echadas a perder por su «romano colorido».

Tuvo gran éxito en la pintura de género, zambras, bailes y teatros con público de manolitas y chisporos. Pintó unos lienzos que adornaron durante algunos años una sala del restaurant Martín, de Barcelona, figu- rando «Un baile de máscaras» y una «Jira campesina». Fue muy reproducido y popu- lar su cuadro «Un baile de candil».

Poco antes de morir, realizó Llovera una exposición de sus obras, en las galerías Pe- tit de París, obteniendo un gran éxito.

Murió en su ciudad natal el 7 de no- viembre de 1896.

Este olvido tan absoluto de Llovera y de otros artistas de mayor solidez, como todos los pintores más o menos influidos por la irresistible magia de Fortuny, nos da una idea de la poca duración, de lo basado en lo agradable y en lo pintoresco. Sólo For- tuny, genial, dotado de una pujanza inau-

en el aire que se respira desde la infancia. Por eso vamos olvidados, los nombres de Baldomero Galdre, Tomás Moragas, Emri- que Serra, Tusquets, etc., etc., artistas de innegable mérito, que gozaron merecida nominada artística en el extranjero, du- rante su vida, y que sin embargo, yacen olvidados mientras que los nombres de Martí Alsina, Moliné, Vayreda, Simón Gó-

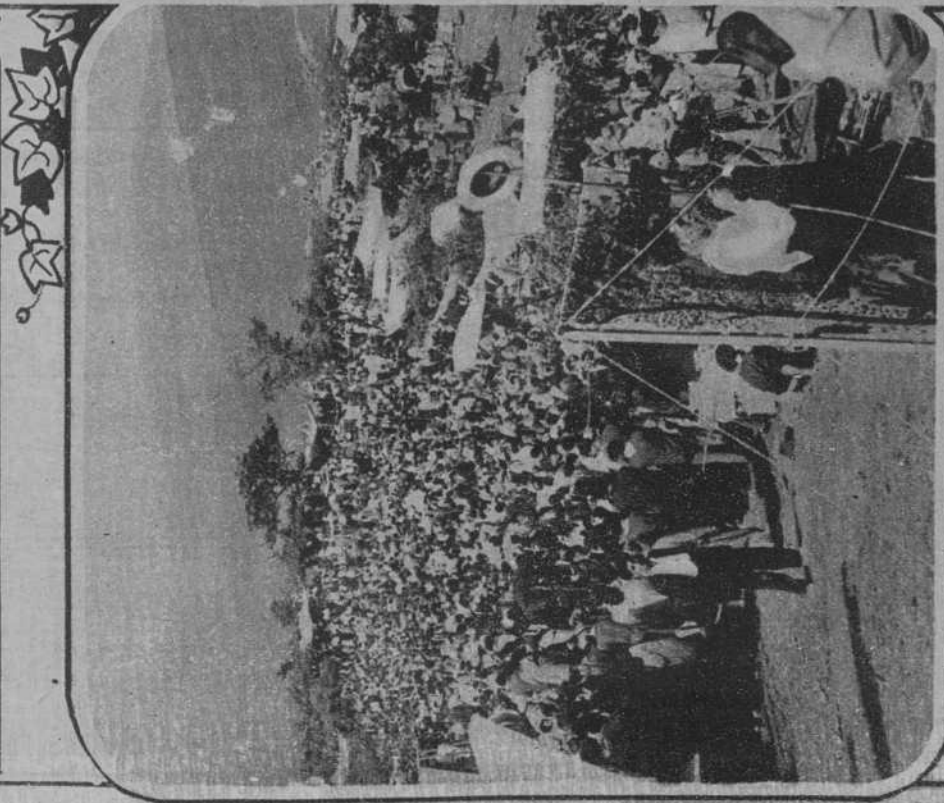


DE LA CORTE DE CARLOS IV. — (Dibujo original de J. Llovera)

mez y Pellicer permanecen vivos en nuestro recuerdo administrativo. El arte de estos ar- tistas basado en la tierra, es su alma.

El arte apoyado en un ambiente exótico, no desarrolla más que las dotes persona- les del autor, dejando completamente aban- donadas aquellas cualidades que propias de su raza, pueden ser aumentadas por el le- gado que las generaciones anteriores le transmiten, y en las que él puede apoyar- se, para engrandecer las características de su propia personalidad.—JOAQUIN BAS GICH

ES LA ROMERIA DE SAN CIPRIANO, QUE SE CELEBRA EN COHIGILLOS (SANTANDER), UNA DE LAS MAS TIPICAS DE ESPANA, A LA QUE VAN LOS ROMEROS CON TIPICOS TRAJES Y CAPRICHOSOS DISFRACES



Un aspecto de la romeria



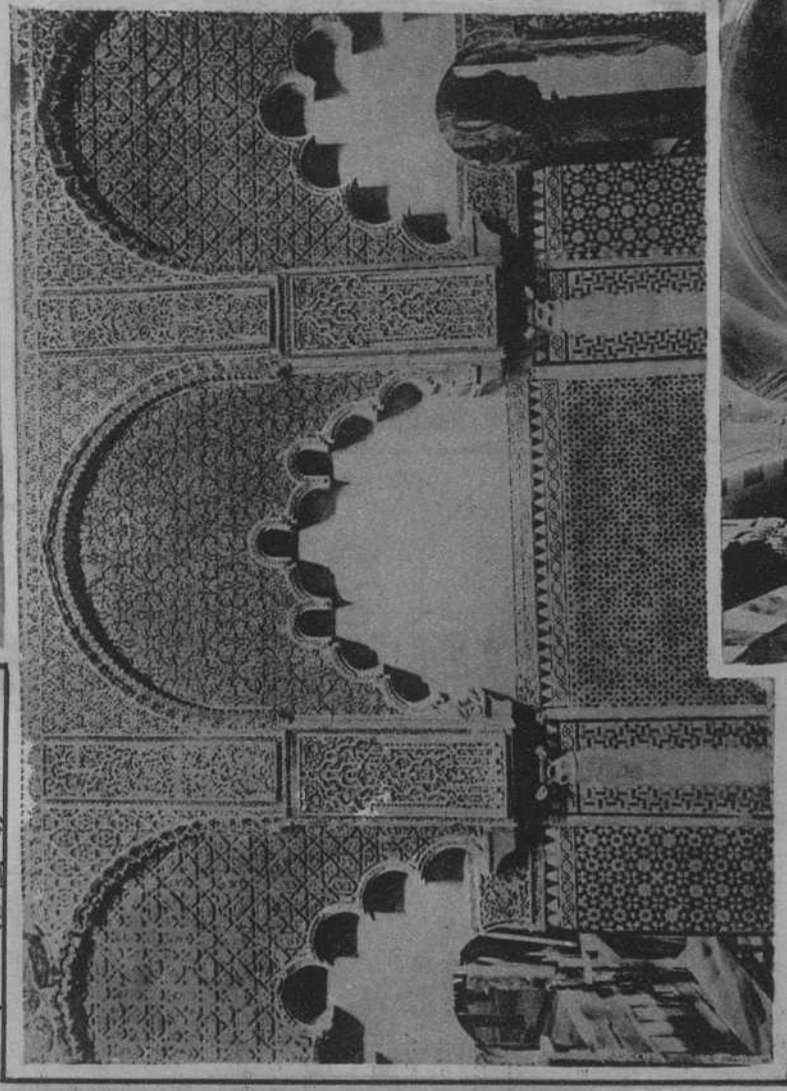
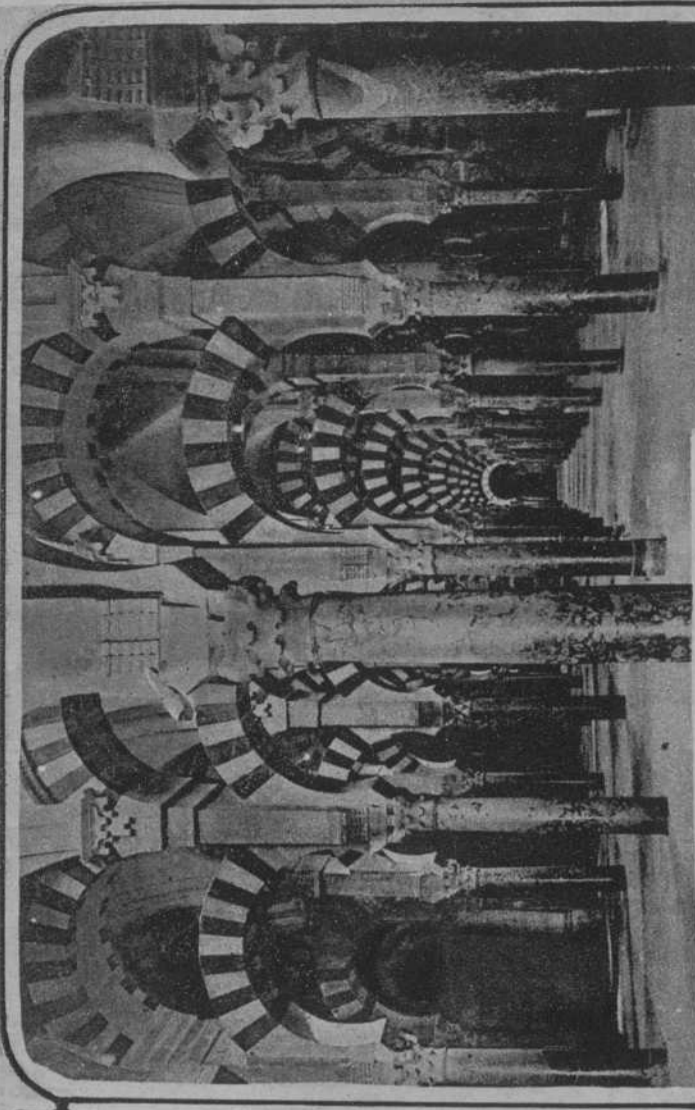
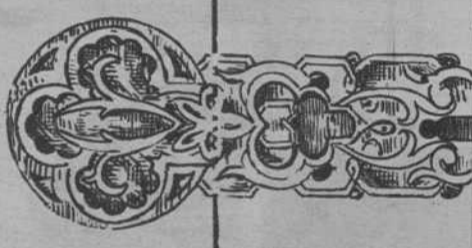
Dos romeras luciendo sus tipicos trajes



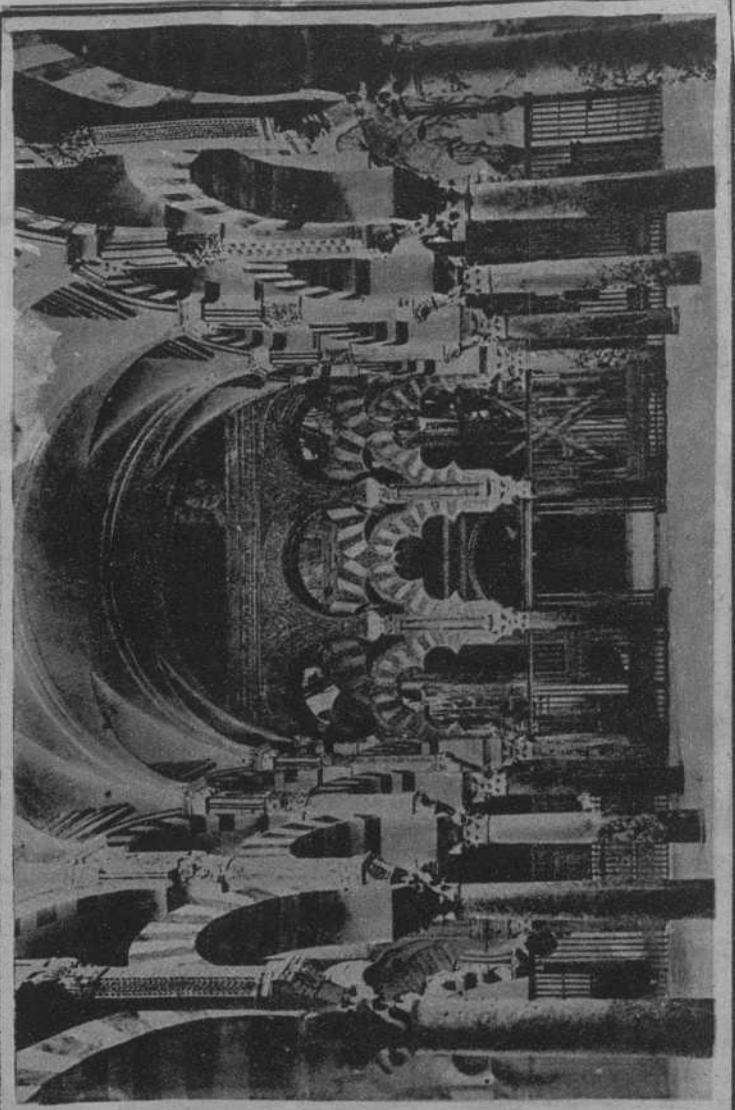
Un grupo de romeros

(Fots. Samot)

LA CATEDRAL DE CORDOBA SE COBIA EN LO QUE FUE MEZQUITA, UNA DE LAS MAS VALIOSAS JOYAS ARQUITECTONICAS QUE NOS LEGARON LOS ARABES



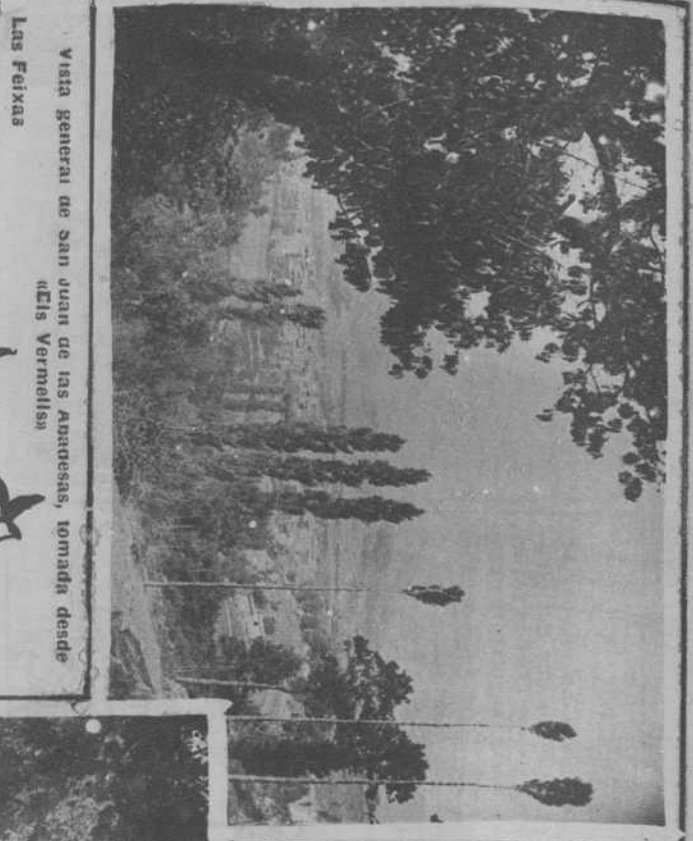
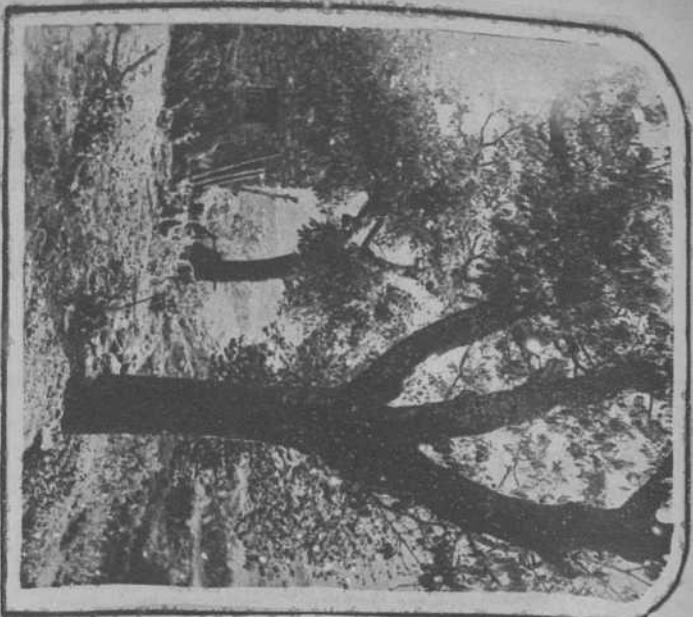
Interior de la Mezquita



Capilla de la Macsurah

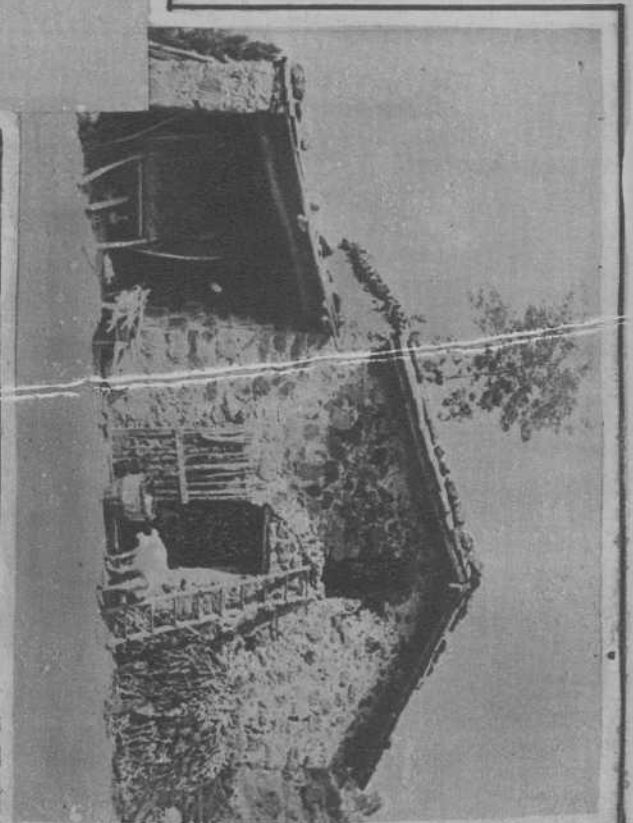


Galeria y frente exterior del Mihrab

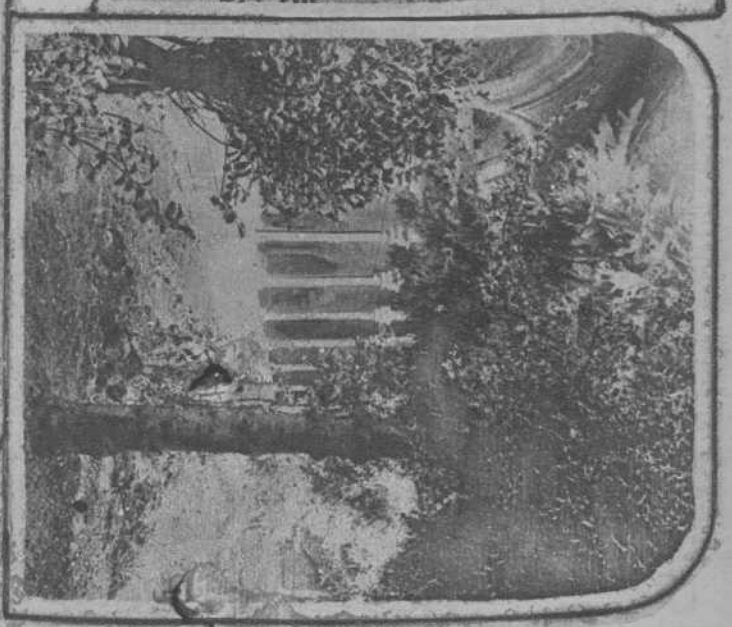


Visita general de San Juan de las Abadesas, tomada desde
de las Felixas

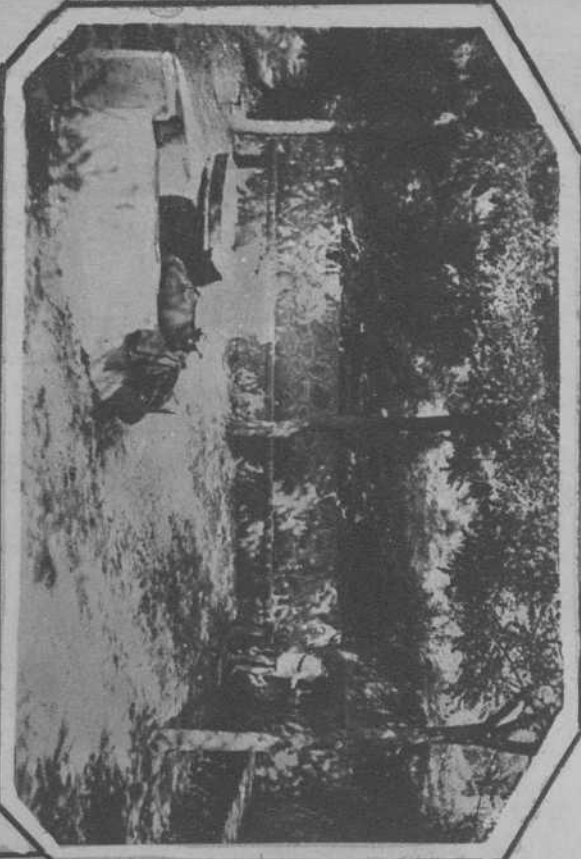
San JUAN
de las
ABADESAS
POR EL ENOJANTO DE SUS BE-
LLEZAS NATURALES Y POR
LA VENERABLE HISTORIA DE
LAS PIEDRAS DE SU ABADIA,
SAN JUAN DE LAS ABADESAS
ES, PARA EL TURISTA, PUN-
TO OBLIGADO DE VISITA
(Fots. Maymo)



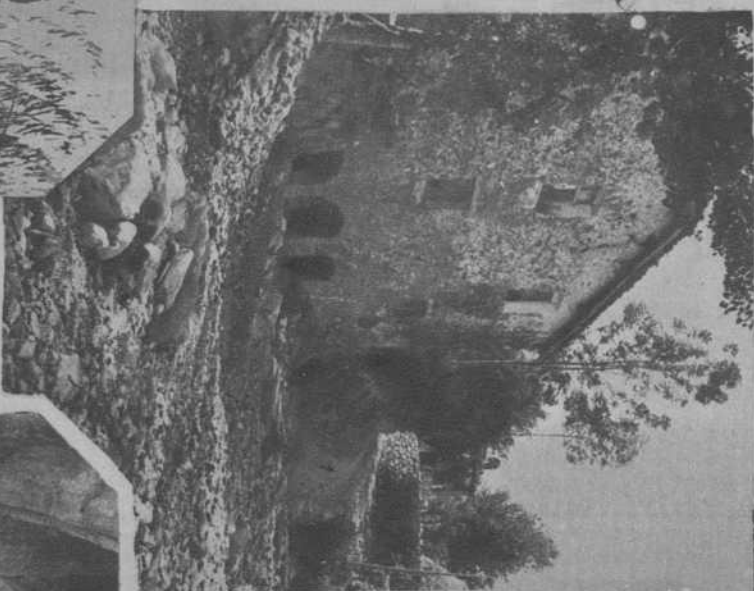
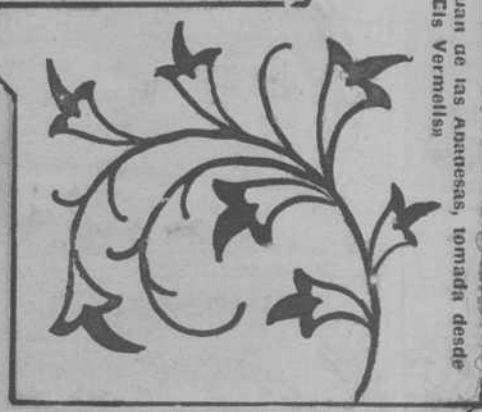
La masía de las «Felixas»



Los claustros



Una fuente de las aljuzas



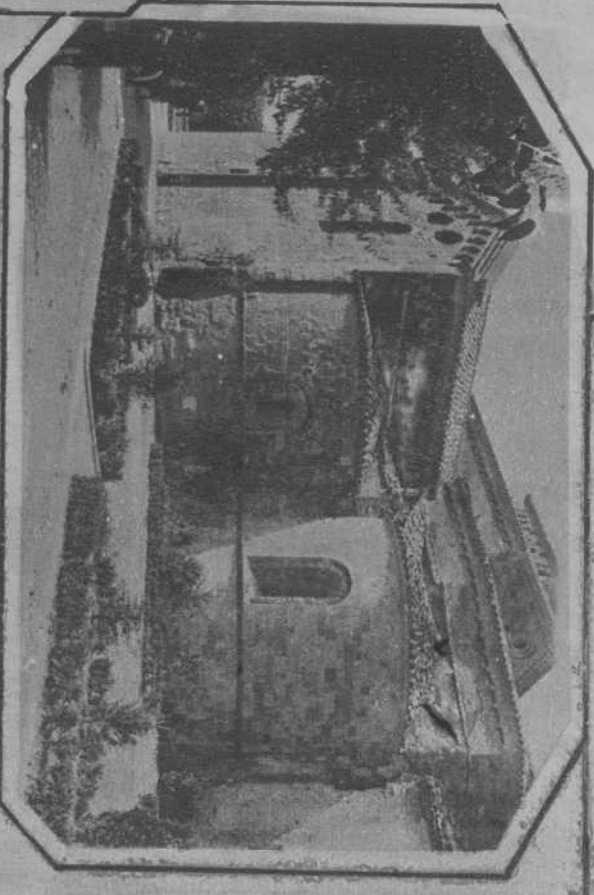
Claustro románico de la Abadía



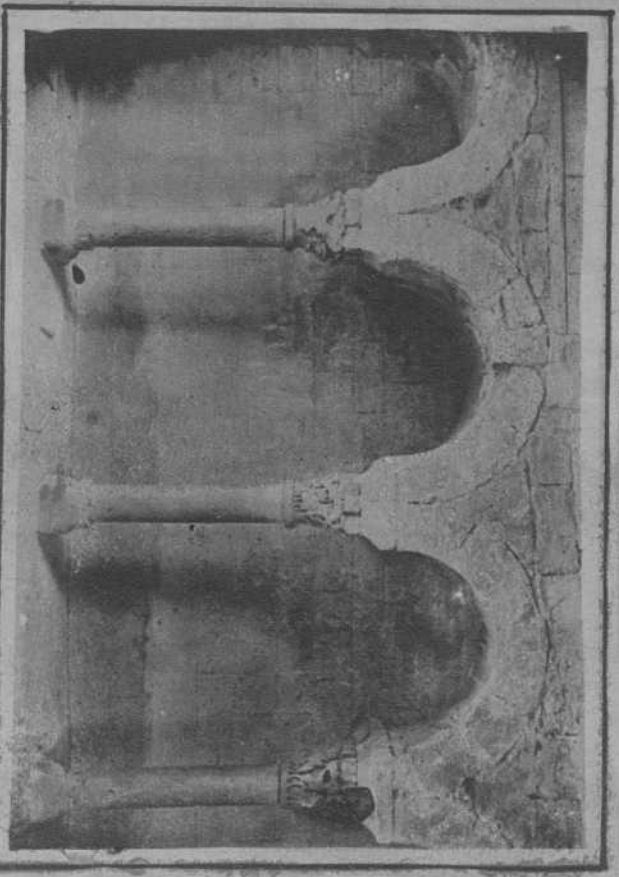
Abside de la iglesia de San Juan



Capiteles góticos de la iglesia de San Juan



Abside de la iglesia de San Peí



Capiteles del claustro de San Juan